

**SOMOS MIEMBROS UNOS DE OTROS (EF 4, 25)
SE CELEBRÓ LA LIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES,
DE LAS COMUNIDADES EN LAS REDES SOCIALES A LA COMUNIDAD HUMANA.**

*Por Antonio Ortega Serrano
Cronista Oficial de la Villa de Hornachuelos*



(En el centro D. Demetrio Fernández, Obispo de Córdoba, P. Rafael Galisteo y Antonio Ortega, Director y Reunión Anual con los Medios de Comunicación en el Palacio Episcopal de Córdoba. Redactor, de la Revista NUEVO LP y el resto de compañeros de Prensa y TV)

Así pues, a las 9:30, todos como un clavo, en el patio del Palacio Episcopal, esperábamos la llegada de nuestro anfitrión, que nos hablaría del Mensaje de Santidad el Papa Francisco I, sobre los temas del encabezamiento de esta Crónica. Allí un gran número de periodistas de los distintos medios de comunicación, de la prensa de nuestra ciudad, fuimos recibidos por D. Demetrio Fernández González, Obispo de la Diócesis, el Vicario General y Moderador de la Curia D. Antonio Prieto Lucena, y, otras relevantes personalidades de la Cultura cordobesa. D. Demetrio, como es obvio, tomó la palabra, para explicarnos y puntualizar el mensaje del Santo Padre Francisco, para la 53 Jornada Mundial de la Comunicaciones Sociales; “Somos miembros unos de otros” (Ef. 4, 25). De las *comunidades en las redes sociales* a la comunidad humana”. En el que D. Demetrio, poniendo un claro énfasis en sus palabras dijo lo siguiente: “QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS: Desde que Internet ha estado disponible, la Iglesia siempre ha intentado promover su uso al servicio del encuentro entre personas y de la solidaridad entre todos. Con este Mensaje,, quisiera invitarles una vez más a reflexionar sobre el fundamento y la importancia de nuestro estar –en- relación; y a descubrir, en la vastedad de los desafíos del contexto comunicativo actual, el deseo del hombre que no quiere permanecer en su propia soledad”

Las metáforas de la “red” y de la “comunidad”

El ambiente mediático es hoy tan omnipotente que resulta muy difícil distinguirlo de la esfera de la vida cotidiana. La red es un recurso de nuestro tiempo. Constituye una fuente de conocimientos y de relaciones hasta hace poco inimaginable. Sin embargo, a causa de las profundas transformaciones que la tecnología ha impreso en las lógicas de producción, circulación y disfrute de los contenidos, numerosos expertos han subrayado los riesgos que amenazan la búsqueda y la posibilidad de compartir una información auténtica a escala global. Internet representa una posibilidad extraordinaria de acceso al saber; pero también es cierto que se ha manifestado como uno de los lugares más expuestos a la desinformación y a la distorsión consciente y planificada de los hechos y de las relaciones interpersonales, que a menudo asumen la forma del descrédito.

Hay que reconocer que, por otro lado, las redes sociales sirven para que estemos más en contacto, nos encontremos y ayudemos los unos a los otros; pero por otro, se prestan también a un uso manipulador de los datos personales con la finalidad de obtener ventajas políticas y económicas, sin el respeto debido a la persona y a sus derechos. Entre los más jóvenes, las estadísticas revelan que uno de cada cuatro chicos se han visto envueltos en episodios de acoso cibernético¹.

Ante la complejidad de este escenario, puede ser útil volver a reflexionar sobre la metáfora de la red que fue propuesta al principio como fundamento de internet, para redescubrir sus potencialidades positivas.

D. Demetrio, siguió diciendo entre otras cosas: Es evidente que, en el escenario actual la *social network community* no es automáticamente sinónimo de comunidad. En el mejor de los casos, las comunidades de las redes sociales consiguen dar prueba de cohesión y solidaridad; pero a menudo se quedan solamente en agregaciones de individuos que se agrupan en torno a intereses o temas caracterizados por vínculos débiles. Además, la identidad en las redes sociales se basa demasiadas veces en la contraposición frente al otro, frente al que pertenece al grupo: este se define a partir de lo que divide en lugar de lo que une, dejando a la sospecha y a la explosión de todo tipo de perjuicios (étnicos, sexuales, religiosos y otros). Esta tendencia alimenta

¹ Para reaccionar ante este fenómeno, se instituirá un *Observador internacional sobre el acoso cibernético* con sede en el Vaticano.

grupos que excluyen la heterogeneidad, que favorecen, también en el ambiente digital, un individualismo desenfrenado, terminando a veces por fomentar espirales de odio. Lo que debería ser una ventana abierta al mundo se convierte así en un escaparate en el que exhibir el propio narcisismo.

Esta realidad multiforme e insidiosa plantea diversas cuestiones de carácter ético, social, jurídico, político y económico; e interpela también a la Iglesia. Mientras los gobiernos buscan vías de reglamentación legal para salvar la visión original de una red libre, abierta y segura, todos tenemos la posibilidad y la responsabilidad de favorecer su uso positivo.

Está claro que no basta con multiplicar las conexiones para que aumente la comprensión recíproca. ¿Cómo reencontrar la verdadera identidad comunitaria siendo conscientes de la responsabilidad que tenemos unos con otros también en la red?

“Somos miembros unos de otros”

Se puede esbozar una posible respuesta a partir de una tercera metáfora, la del cuerpo y los miembros, que san Pablo usa para hablar de la relación de reciprocidad entre las personas, fundada en un organismo que la une. “Por lo tanto, dejasos de mentiras, y hable cada uno con verdad a su prójimo, que somos miembros unos de otros” (Ef 4, 25). *El ser miembros unos de otros* es la motivación profunda con la que el Apóstol exhorta a abandonar la mentira y a decir la verdad: la obligación de cuestionar la verdad nace de la exigencia de no desmentir la recíproca relación de comunión. De hecho, la verdad se revela en la comunión. En cambio, la mentira es el rechazo egoísta del reconocimiento de la propia pertenencia al cuerpo; es el no querer donarse a los demás, perdiendo así la única vía para encontrarse a uno mismo.

Como cristianos, todos nos reconocemos miembros del único cuerpo del que Cristo es la cabeza. Esto nos ayuda a ver a las personas no como competidores potenciales, sino a considerar incluso a los enemigos como personas. Ya no hay necesidad del adversario para autodefinirse, por la, porque la mirada de inclusión que aprendemos

de Cristo nos hace descubrir la alteridad de un modo nuevo, como parte integrante y condición de la relación y de la proximidad.

Esta capacidad de comprensión y de la comunicación entre las personas humanas tiene su fundamento en la comunión de amor entre las Personas divinas. Dios no es soledad, sino comunión; es amor, y, por ello, comunicación, porque el amor siempre comunica, es más, se comunica a sí mismo para encontrar al otro. Para comunicar con nosotros y para comunicarse a nosotros, Dios se adapta a nuestro lenguaje, estableciendo en la historia un verdadero diálogo con la humanidad (ef. Conc. Esum. Vat. II, Const. Dogma. *Dei Verbum*, 2).

Pidiendo perdón, por mi osadía y sólo, como autor de esta Crónica, decir haciendo esta reflexión con una frase que he escuchado desde mi más corta edad: **“Doctores tiene la Iglesia”**, y yo pregunto ¿Nos hemos detenido a pensar lo que esto significa?

¿Deberíamos apreciar hasta dónde nos podría llevar? Pues sin lugar a dudas, creo que nos llevaría a encontrar la verdad de Dios, a ser como hombres... Pero hombres de Dios y, estoy seguro que lo hallaríamos.

En virtud de nuestro ser creados a imagen y semejanza de Dios, que es comunión y comunicación-de-sí, llevamos siempre en el corazón la nostalgia de vivir en comunión, de pertenecer a una comunidad. “Nada es tan específico de nuestra naturaleza –afirma San Basilio- como el entrar en relación unos con otros, el tener necesidad unos de otros”.

El contexto actual nos llama a todos a intervenir en estas relaciones, a afirmar también en la red y mediante la red el carácter interpersonal de nuestra humanidad. Los cristianos estamos llamados con mayor razón, a manifestar esa comunión que define nuestra identidad de creyentes. Efectivamente, la fe misma es una relación, un encuentro; y mediante el impulso del amor de Dios podemos comunicar, acoger, comprender y corresponder al don del otro.

La comunicación a imagen de la Trinidad es lo que distingue precisamente la persona del individuo. De la fe en un Dios que es Trinidad se sigue que para ser yo mismo necesito al otro. Soy verdaderamente humano, verdaderamente personal, solamente si me relaciono con los demás. El autentico camino de humanización va

desde el individuo que percibe al otro como rival, hasta la persona que lo reconoce como compañero de viaje. Podemos pasar así del diagnóstico al tratamiento: abriendo la sonrisa, a la caricia... Esta es la red que queremos. Una red hecha no para atrapar, sino para liberar, para custodiar una comunión de personas libres. La Iglesia misma es una red tejida por la comunión eucarística, en la que la unión no se funda sobre los “like” sino sobre la verdad, sobre el “amén” con el que cada uno se adhiere al Cuerpo de Cristo acogiendo a los demás.

Vaticano, 24 de enero de 2019

Fiesta de San Francisco de Sales

FRANCISCUS I

Antonio Ortega Serrano

Redactor de la Revista NUEVO LP